EL TIEMPO NO TESTIMONIA POR NADIE ADALBER SALAS HERNÁNDEZ





Adalber Salas Hernández



Adalber salas hernández

El tiempo no testimonia por nadie



Colección
Lima Lee




ADALBER SALAS
HERNÁNDEZ

Adalber Salas Hernández

Nació en Caracas, en 1987. Es poeta, ensayista y traductor venezolano.

Autor de los libros *Salvoconducto* (XXXVI Premio de Poesía Arcipreste de Hita; Valencia, Pre-Textos, 2015), *Mínimos* (Madrid, Amargord Ediciones, 2016) y *La ciencia de las despedidas* (Valencia, Pre-Textos, 2018), así como de los volúmenes en prosa *Clarice Lispector: el lugar de la poesía* (Santiago de Chile, Ril Editores, 2019), *Isolario* (Bayamón, Ediciones Aguadulce, 2019) y *Palabras sin dueño. Variaciones sobre la traducción literaria* (Ciudad de México, Dirección de Literatura UNAM/Periódico de Poesía, 2019). Además, ha publicado traducciones de Marguerite Duras, Antonin Artaud, Charles Wright, Mário de Andrade, Hart Crane, Pascal Quignard, Mark Strand, Lorna Goodison, Louise Glück, Yusef Komunyakaa, Patrick Chamoiseau, entre otros. Su trabajo poético ha sido reunido en las antologías *Ai margini di un mondo sconosciuto* (Roma, Edizioni Fili d'Aquilone, 2018; traducción de Alessio Brandolini) y *De ningún viaje se vuelve* (Gualajara, Mantis Editores, 2019). Actualmente, dirige la colección *Diablos danzantes* en Amargord Ediciones.

El tiempo no testimonia por nadie

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL TIEMPO NO TESTIMONIA POR NADIE

Después de haberse marchado
a través de la espera que agrieta las paredes
persiguiendo su exacta cadencia perdida

luego de colarse, gota a gota
por las esquinas de la habitación
y la blancura autista de los pasillos

los muertos por fin desembocan
en la niebla.

Ahí
libres de la rabia callada
de los escombros

sus dedos aprenden a no tartamudear más
y sus rostros se borran
lentamente
como lámparas húmedas:

se les desgrana la pérdida
entre los pasos

su último recuerdo
siempre inconcluso.

(Perteneciente al volumen *Suturas*)

La niebla devuelve a los muertos
al otro tiempo

ese que ha cuajado
bajo las arterias de la luz

en el que su voz se estira
hasta ser apenas un hilo de sangre

en el que se hacen
silueta de una quietud escrita
al otro lado del aire

rosario de filos
y huesos exactos.

Desde ese rumor sin párpados
nos miran

como peces
con los mismos ojos minerales.

(Perteneciente al volumen *Suturas*)

La única ley de los muertos es el murmullo

el salmo harapiento de la lluvia
rompiéndose contra los techos
y las calles

desmenuzándose en el caminar anónimo
de los transeúntes

dejándose caer
detrás de los párpados cerrados.

Ni siquiera el polvo
nombra inadvertidamente a los muertos.

Por eso tejen nuestra lejanía
el fulgor raído que se nos empoza
en los pliegues de la voz, las junturas del tacto.

Por eso nos van reduciendo

aquietando
en un vocablo sordo

un guijarro que aprietan entre sus labios
ritualmente
aunque no sepan ya
qué significa.

(Perteneciente al volumen *Suturas*)

Los muertos ya no saben decretar

se han vuelto mordazas.

La sutura que fue su boca
los deshereda
los obliga a esa calma tan nítida
que en ella ya nada se sostiene:

habitan el sudor de las palabras.

Inmóviles, nos piensan
más sombra de lo que somos
más secos, más tenues
más puros;

en su silencio sin orillas
nos hilan con sus
sueños delgados.

(Perteneciente al volumen *Suturas*)

Cada día, cada vuelta
del mundo sobre el eje de su grito

los muertos arrastran sus pies descalzos
por nuestra sangre

urdiendo la geometría amarga
de la huida.

El ruido de las lámparas no los ahuyenta:

con cada bocanada de aire escuchamos
su paso atónito gastándose sobre nuestra piel
como un jadeo
o un derrumbe de amaneceres

y sentimos cómo
nos besan las yemas de los dedos
con labios arrasados de blancura.

Cada noche, cada vuelta
del mundo sobre el eje de su silencio

permitimos que los muertos vaguen por nuestra frente
extraviados

su mudez hecha óxido
grieta.

(Perteneciente al volumen *Suturas*)

Con su piedad inhóspita
los muertos nos van olvidando.

Dejan caer sobre nosotros
la saliva negra de los relojes

bendicen nuestra sed

recorren nuestra garganta
hasta hacerla transparente
de asfixia.

Esa es su labor, su oficio secreto:

llenar de espejos nuestra boca
poco a poco

nublarnos
con sus gestos de cuchillo hondo

y al final
apagarnos.

(Perteneciente al volumen *Suturas*)

Esta es la hora en blanco, la
hora que no cabe en los relojes,

la tregua que no se deja
sostener por ninguna mano,

la paz inhabitable.

Esta hora no nos da de comer
aunque se cuela en nuestra boca
para decirse en minúsculas,
ciega, con una
pureza que no nos pertenece.

Lisa, desmemoriada,
calca de nuevo el mundo a
imagen y semejanza de su silencio.

Esta es la hora. Amanece.
La noche se desgrana en pájaros.

Su vuelo sutura el horizonte.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

Frente a mí, tu cuerpo
aturdido por su propio fulgor,

tan repleto de no
tener ayer.

Su desnudez aún no puede ser cubierta
por ninguna de las lenguas del hombre.

Bajo tu piel hay un pulso que trabaja,
una duración inflexible, un latido, un
caudal que te transita como una desgarradura:

algo que traes desde aquella sed que nos
precede, remota, y que todo lo sostiene,

sístole y diástole de una
vastedad sin retorno.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

Sin saberlo, escribía
buscando una palabra que te recibiera.

Una palabra extensa,
larga como una muerte,
larga hacia ningún lugar

y tenue,
tan tenue.

Una palabra tejida con sonidos ínfimos,
con esas preguntas desahuciadas
que también tejen la
noche, diligentes y cansadas.

Una palabra que pudieras usar
para nunca andar descalza
por las calles, entre los edificios
cariados de tanta lluvia.

Una palabra que sirviera para
remendar el cielo de vez en cuando.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

Al recién nacido hay que darle
de inmediato un nombre.

Al que ha salido de la
negra violencia del parto, todavía
húmedo de no existir,

hay que nombrarlo,
para borrar de sus manos y
de su respiración
el susurro de otro océano,

para contener el barro
incierto de su carne,

hay que conjurar ese lugar del
que ha venido, la marea brutal que
lo ha abandonado entre nosotros,

sobre esta tierra que deberá caminar,
cuyo vientre espeso está repleto
de palabras que nadie recuerda.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

Tuyo es el reino,

el óxido que se arrodilla y reza
en los terrenos baldíos, apoyado en
los cercados, colgando de los alambres de púas.

Tuya la fiebre que carcome carros, autopistas,
calles, aceras, casas, toda esta minúscula
historia universal del fracaso.

Tuya la desaparición que murmura
el agua sobre los techos, la piedad terca
de la lluvia con sus menudas manos
concentradas en la erosión.

Tuyo el himno de todo lo que
decide quebrarse.

Tuyos los días que fermentan
su vino áspero, indeleble, en el pulso.

Tuyo el tiempo
que no testimonia por nadie.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

Tuyo es el reino, el peso áspero del polvo
bautizando tu cabeza, los días que nos aran,

prudentes, serviles, intentando encontrar en
nosotros el hierro humilde de una revelación.

Tuyos son los ríos subterráneos
que trafican con el silencio de la tierra.

Tuyos los sedimentos, las ruinas ilegibles
que ya no saben qué o a quién esperan.

Tuya la tarea pura del estar, intacta,

entre la mendicidad de nuestro paso por el mundo

y el oro ciego de nuestra muerte.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

No habrá muerte para ti. Habrá desvelos, habrá
errancia y transparencias pasadas de mano en
mano como monedas clandestinas. Pero no habrá

muerte. Incluso habrá silencios demasiado claros
que te atravesarán el pecho. Pero nunca muerte.

Llevas un signo de vigilia que no termina de
cicatrizar, tu aliento sabe a resto de babel encenizada,

cada uno de tus huesos pacta con el olvido.

Tuya es la luz hambrienta, este testamento sin
legado, estas fronteras tartamudas, este reino atónito,
inadvertido, sin eternidad. Tuya esta bandera aciaga

que llaman vida, de una blancura
incomprensible.

(Perteneciente al volumen *Heredar la tierra*)

(Sin título)

Caracas, los que van a morir no te saludan.

Ya no tienen manos que levantar,
se las han cortado, se las han arrancado
los perros que caminan patas arriba por la noche
o las han perdido en alguna apuesta imprudente
y cruenta como tu nombre.

Tampoco se arrodillan, los que van
a morir, no los deja este temblor
metálico que les atraviesa la espalda,
que les ensarta las vértebras, que les
tuerce el andar. Un temblor que parece traído
desde el primer frío de este mundo.

Respiran tu humo, tu olor a capín melao
y carne descompuesta y plomo
caliente bajo el sol, que les llena
los bronquios, les arrasa el paladar. Olor ingrato
a camiones de basura y asfalto arrepentido.
Caracas, todas las bocas secas son tuyas.
Te dejamos la infancia endurecida
en unas pocas calles, en el sabor del pan,

en el primer atraco, la primera madrugada
ahuecada por los disparos y la lluvia. Es tuyo
todo este aliento que tenemos, te lo robamos. Los que
vamos a morir te miramos como bestias
por domesticar y te sonreímos sin dientes.

No te saludamos, aunque estemos
parados en tu arena, en el polvo que nos hizo
y que ahora se confunde con nuestra piel.
Ya hemos recorrido tus huesos cansados, sucios,
mondados por la ceguera. Te conocemos, Caracas.
Cada mañana, la piedra de tu risa
estalla contra nuestra frente. Sabemos tus gestos
de madre carnívora, hemos visto
dónde te muerdes la cola.

No saludamos y nadie se percata.
Nadie nota el óxido acumulado en
nuestras voces, nadie ve en nuestras caras
que ya entendimos, que de todas maneras
la prosa de nuestros días será abrupta
como tus callejones
y la hora de nuestra desaparición
tendrá la piedad de tus balas perdidas.

(Perteneciente al volumen *Salvoconducto*)

(don Luis de Góngora y Argote en los infiernos)

¿Y dónde más iba a estar? De cierto
no allá arriba, pasando hambre entre tanto silencio,
tanto santo en éxtasis, tanta esfera celeste
obsesionada con medir los siglos,
ni tampoco aquí abajo, domesticando esa
soledad tan de nadie,
dándole de comer sílabas
y naufragio.
No, don Luis tiene que estar
allá en los infiernos,
así, en minúsculas,
en una gruta espesa como su garganta,
condenado a no repetir
una sola palabra, a gastar
irremediablemente lo dicho,
a ser testigo de ese lujo secreto
que es la voz cuando se da por vencida
y se vuelve pura ceniza desatada.

(Perteneciente al volumen *Salvoconducto*)

(Sin título)

Vi mi primer muerto una tarde, subiendo
de Sabana Grande a la avenida Libertador,
en una de esas calles estrechas
y claustrofóbicas.
Eran las tres o las cuatro, algo así,
el día estaba flojo, la luz era
como un sudor pálido,
sobre las cosas.
En la acera derecha había un grupo
de gente callada. Y en medio, un hombre boca abajo,
los miembros regados de cualquier manera.
No había un solo comentario, nadie
lloraba o gritaba. Hablaban en voz muy baja,
como si vivieran por adelantado el velorio.
No parecía la escena de una
muerte, sino otra cosa, un suceso desconcertante,
un problema que era necesario
resolver. Hubiera jurado que esperaban, incluso
con un poco de fastidio, alguna señal.
Entre el cielo y la tierra
solamente median los ángeles del aburrimiento.

No habían traído una sábana
para cubrirlo ni le habían puesto
una chaqueta encima.
Era imposible ver su rostro, la bala
le había partido el cráneo desde atrás,
y ahora estaba en el centro de un charco
de sangre y orina y mierda
(se le habían relajado los esfínteres).
Nadie notaba el olor,
la luz fría lo había escondido.
Eso no era un cuerpo, era algo más,
replegado, tachado.
Algo que había perdido todas sus alianzas.

Dicen que al morir te pareces
finalmente a ti mismo,
como si alguien te hubiera hecho el favor
de recoger cada una de tus sombras.
Pero es mentira.
Al final no te pareces a nada,
la masa de músculos atrofiados
y huesos inservibles que eres
no dice nada. La muerte no es
un arte, como todo lo demás,
y nadie lo hace bien.

(Perteneciente al volumen *Salvoconducto*)

(Curso intensivo de biopolítica)

Phylum: *arthropoda*. Clase: insecta. Orden: *hymenoptera*.
Suborden: apocrita. Superfamilia: vespoidea. Familia:
pompilidæ. Reino: animalia, como el nuestro.
Además, cuatro subfamilias, cuyos nombres no
vienen al caso. Cinco mil especies, más o menos,
diseminadas a lo largo de cada continente. La llamada
avispa de las arañas no es especialmente grande, ni
suele atraer la mirada con sus colores. Tampoco hace
ruido al volar; su zumbido recuerda a la respiración sibilante
de un asmático. Se alimenta de néctar. Las hembras
son de mayor tamaño que los machos.

Cuando lleva en su interior un huevo,
la hembra construye una madriguera —por lo común
cavando un hoyo en la tierra, aunque también
puede conformarse con una grieta en la corteza
de algún árbol y hasta con el techo mal ensamblado
de una casa. Busca entonces una araña de
grandes dimensiones, bien proporcionada,
y la pica,
inyectándole una sustancia que contrae
sus miembros, que la deja como un puño, un garabato. Luego

la arrastra o la carga hasta el nido. Allí, hurga
en el abdomen de la araña, lo descose
y pone en él su huevo. Sutura la herida con delicadeza
y se va, sellando la entrada.

La araña ni siquiera puede mover
alguno de sus ocho ojos. Apenas capta el espacio
que la separa de la salida, la distancia que se abre
como una boca sin dientes. Es, quizás,
la entrada de la carne a esa flema oscura
que llaman alma. Al poco rato, el huevo
eclosiona. De él sale a tientas una larva blanca,
tubular, inquieta, que comienza a masticar
el abdomen de su huésped. Las mandíbulas esquivan
con precisión las áreas vitales: el sistema nervioso
central, arrugado por el óxido, pieza
de chatarra, y el corazón, que no ha parado de bombear
espeso aceite de motor. Estos quedan para el final.
Cuando ha terminado, la larva se envuelve en un capullo
y descansa en el interior vacío de la araña, todavía cálido,
hundida en esa memoria umbilical. Ahí termina
de desarrollar las patas y alas estriadas
que le permitirán abandonar el nido.

(Perteneciente al volumen *Salvoconducto*)

(Tubinga, un mes cualquiera)

Nunca he estado en Tubinga,
ni he caminado junto a sus aguas y sus
casas. No sabría decir cómo llegar
a la torre donde Hölderlin firmaba
los poemas que Celan escribiría mucho
después, en un alemán que era como
una región desasida del espacio, peleada
con el tiempo, un territorio de encabalgamientos
inesperados, de cesuras y ojos
implacables. Nunca aprendí a hablar alemán,
no tengo el pasaporte que me permitiría
transitar ese país de sílabas encandiladas,
fundado tan solo por
dos personas, esa nación no declarada, de
contrabando, que multiplica sus sombras
con cada nueva traducción. Si me dejaran
varado en Tubinga, no sabría decir
siquiera el nombre del lugar, no
sabría decir Tübin-
Tübin-
Tübingen.

La palabra me mordería la lengua.
Palabra cocodrilo de ríos imprevistos,
serpiente de los mares que se encharcan
somnolientos, sonoros, bajo el paladar.
Palabra hambrienta de bocas
que la pronuncien. Tü-bin-
gen. Tü-bin-gen. Tü-
se enrosca detrás de los labios, pone
huevos en la oscuridad de la saliva,
en el nido inquieto de la voz. Nunca
he estado en esta palabra, no sabría
decir cómo llegar a ella, ni a la torre,
ni a la tierra que guarda el poema
cuando lo que resta es tiempo de penuria.

(Perteneciente al volumen *La ciencia de las despedidas*)

(Historia natural del escombro: Lázaro)

Primero fue el aliento cayendo furioso
sobre las aguas. Unas pocas palabras oídas
a medias, piedras estridentes lanzadas
contra la ventana del sueño. Desde niño le
costaba despertar. Contra todos los fueros de la muerte,
manos extrañas toman por los hombros a Lázaro y
lo arrastran al mediodía abrupto como un
acantilado, abren su boca y a la fuerza empujan
en ella la respiración amarga, golpean su pecho
hasta que el corazón arranca, los desagües
del cuerpo se llenan otra vez con el
torrente olvidadizo y sanguinolento, aceite
de motor y diesel. Sale del sepulcro tropezando,
encandilado; la mortaja se le ha caído y los
testigos del milagro pueden ver su carne
oscurecida por la podredumbre, estriada de gusanos,
el mapa de otro mundo. El hedor es insoportable.
Todos se cubren la nariz, algunos vomitan. Lázaro
parpadea bajo el brillo contumaz, le arde
la mirada reseca, no puede enfocarla. Nadie entiende
para qué ha sido traído de vuelta, pero

los periódicos están encantados con la historia. Ya hay planes para un documental y un *reality show* (Lázaro con seis jóvenes en una casa, aprendiendo a surfear o cocinando frente a una audiencia).
Su foto está por todo Twitter, #levántateyanda. Los astrólogos no se ponen de acuerdo para elaborar la carta astral de alguien que ha nacido dos veces.
Él sigue parpadeando. Gesticula, balbucea, las sílabas se le caen, juguetes torpes. Gemidos, gruñidos. Cómo encender de nuevo la máquina suave de la voz.
Al poco rato, los testigos se dispersan. Lázaro se queda solo, aún sin atinar a cubrir su desnudez, empezando a entender que dios es un músculo ciego.
Finalmente miró al soslayo, se fue y no hubo nada.

(Perteneciente al volumen *La ciencia de las despedidas*)

(Anábasis)

Un autobús en medio de la carretera. Así termina esto.
Un poco más atrás, abandonado, sin gasolina, hay un transporte
militar recorrido por agujeros de balas. El día en que nos
fuimos, guardamos toda la ropa que cupo en las mochilas y los
bolsos. Tomamos algunas joyas y las empacamos también; el
resto lo escondimos detrás de la nevera, pensando que
llegaría el día en que las necesitaríamos. Dinero oculto
en las medias, en la ropa interior. Mi hija pegó a la puerta
de la cocina una carta pidiendo a quienes vinieran
que no rompieran nada, por favor. Los retratos, las fotos
familiares, todo se lo van a llevar las hormigas, me dijo cuando
salimos del edificio, todo lo van a desmigajar poco a poco
para guardarlo en sus ciudades secretas. Mi hermano
tenía un contacto, alguien que nos podía conseguir un puesto
en alguno de los barcos, seguro, segurísimo, tan cierto
como el peso de un durazno o el olor a mañana del pan
sobre la mesa. Por un precio, claro. Pagamos. El autobús
en el que viajábamos fue detenido dos veces, una de ellas al
abandonar la ciudad, pero no nos bajaron. Adentro, nadie decía
nada: el horizonte nos pasaba su navaja por la lengua. Íbamos

pendientes del chillido intestino de los frenos, dejándonos digerir por el calor, morosamente, sobre el forro de plástico de los asientos. A veces recostaba la cabeza contra el respaldar y trataba de imaginar cómo nos veríamos desde lejos, moviéndonos en la carretera vacía, suturando la distancia que nos separaba de la costa. No recuerdo quién me había dicho que el océano no se parecía al agua, que casi era un enorme papel arrugado por alguna mano distraída. Pero esto lo pienso ahora. Cuando vimos la costa, endeble, allá, solo pensé: mar. Y decíamos: mar. Que era como decir párpados inagotables. Que era como decir hambre. Que era como decir la saliva del tiempo. Que era como decir el cabello interminable de los muertos. Que era como decir terror. El mar era el animal asustado más grande que habíamos visto. Marchábamos hacia él cuando escuchamos los disparos. Más adelante estaba el camión, soldados disparando a no sé quién, pequeños, aún remotos. El conductor aceleró. Quería atravesar a toda velocidad el fuego cruzado, no podíamos parar, no sabíamos qué harían con nosotros. Sin darnos la orden de alta, sin mediar un gesto, nos llenaron de balas. El conductor se detuvo de inmediato. Rato después, cuando se acabaron las detonaciones, vinieron por nosotros. Se llevaron a todas las mujeres,

mataron a todos los hombres. Se fueron con prisa, ni siquiera nos registraron. Nos dejaron aquí tirados, la sal de la tierra. Así termina un autobús en medio de la carretera, en plena noche, triste como un perro en celo.

(Perteneciente al volumen *La ciencia de las despedidas*)

(Sin título)

Guantes semitransparentes, pegajosos, bisturí ya
sin filo, mascarilla, bata blanca demasiado
holgada. Tengo quince años y estoy en el laboratorio,
clase de biología, rodeado de pequeños animales en
jarras de formol, modelos anatómicos hechos
de plástico e instrumentos de precisión que nadie
ha llegado a utilizar. Cada semana, un esqueleto colgante
nos mira desde su esquina, mientras nos esforzamos
por comprender el secreto torpe y viscoso que guardan
los cuerpos vivientes. Hoy tocó traer un corazón
de res. Cargué toda la mañana con su peso negro,
grasiento, encerrado en una hielera para que
no se pudriera. Lo he llevado a cuestas, paciente.
Ahora está en la mesa, sobre una tabla
de disección. No se estremece cuando lo abro,
atravesando el tejido adiposo lo mejor que puedo,
aguantando el olor denso que se pega a la garganta.
Fibras elásticas, membranas, atrios y ventrículos,
todo resistente al tacto, sitios donde crecía
una flora áspera, tierra ansiosa y fría que no
es patria de nadie. Por allí pasaba la sangre llevando
sus pertenencias, su contrabando de cemento, a través

de la válvula pulmonar, para luego pasar por
la aórtica, que se estiraba en un mugido espeso.
Un instrumento enorme, atroz, carne
y grasa terca apretadas con furia, pliegue
sobre pliegue justo como el mío, oculto en
la oscuridad amniótica del pecho, entre los resortes,
engranajes y cables gastados de la caja torácica,
lejos del borde amargo de las cosas, pulsando
como una de esas galaxias hundidas en la distancia,
cuya luz se erosiona y envejece
antes de alcanzarnos. La única virtud de este
aparato fue su ceguera; aquí, en el purgatorio de la
mesa, entre el cuerpo del que fue arrancado y
el paraíso mudo de las lámparas halógenas,
se encuentra expuesto, disminuido, ofreciendo
a la vista los pasajes por los que corría la voz
inarticulada que nos amamantó a todos
alguna vez, la misma que nos dio de comer
el limo ronco de la vida. Está quieto, sin retórica,
puro andamio, lugar de paso. Supo que la distancia no
se mide en metros, sino en desapariciones. Que yo
no es otro; que yo es ninguno, una serie de latidos
amontonados, ruido y óxido, prosodia sin dueño.

(Perteneciente al volumen *La ciencia de las despedidas*)

(Historia natural del escombro: Auschwitz-Birkenau)

Cuando no quede ni una persona que recuerde, cuando no
reste en pie un solo tallo de nuestra memoria y nuestra voz
no valga su peso en sal, especias o ceniza, ¿cómo se verán
estos edificios? ¿Cómo los hallaron los pilotos aliados
con sus cámaras: lentas hileras de rectángulos abrazados a la
nieve? ¿Costillas brotando en el aire hambriento?
¿O cómo los veo a través de Google Earth, barracas
relucientes como cráneos, rejas y alambres de púas limpios
y hasta corteses, todos más o menos somnolientos,
fingiendo la inocencia de los objetos abandonados
bajo la membrana reseca de mi pantalla? Vista desde el cielo,
la tierra es impermeable, lisa, bulímica. No tiene edad o acaso
tiene la edad de los mitos que se olvidan porque ya no sirven
a nadie. Alguien observará todo esto sin curiosidad o terror,
pupilas cubiertas por la resina de la distancia, como si el pasado
no pudiera ser el futuro y el tiempo apenas
fuera el país de lo ya visto. Cuando estemos masticando las
entrañas del suelo y no tengamos la tela de un nombre
para cubrir nuestra desnudez, no podremos advertirles
que la historia es un largo toque de queda donde
realmente nada concilia el sueño por completo.

(Perteneciente al volumen *La ciencia de las despedidas*)

Cada día, cada vuelta
del mundo sobre el eje de su grito

los muertos arrastran sus pies descalzos
por nuestra sangre

urdiendo la geometría amarga
de la huida.



Colección
Lima Lee

